



En Memoria de Jose Schlosser y Eva Schlosser (Q.E.P.D.)

Selección de texto realizada para la "Cadena Fraternal", Página editada con los auspicios de la
Respetable :. Logia:. Simbólica "La Fraternidad n°62" de Tel Aviv, Israel
WWW.CADENAFRATERNAL.COM

Plancha 1196

“La Tolerancia, un Camino para la Felicidad”

Miguel Trigo Valle

“La felicidad es interior, no exterior; por lo tanto, no depende de lo que tenemos, sino de lo que somos”. (Henry Van Dyke)

Introducción

Carecer de un propósito firme en la vida, en la actualidad, para algunos puede ser considerado algo normal; afortunadamente, sólo algunos pocos viven felices de esa manera. A otros, sin embargo, no nos convence el pensamiento de que nuestras vidas y nuestro mundo sean completamente producto del azar, de una enfermedad, de la genética, la biología o las circunstancias, y que por consiguiente, escapa a nuestro control y que debamos vivir de acuerdo a lo que la naturaleza nos dio.

La felicidad es el buen hacer, como el escultor que trabaja golpeando la piedra para esculpir una bella estatua. A golpe de cincel se va haciendo esa «obra que es el hombre». Y para que sea lo más hermosa posible, se aprende de nuestros propios errores y éxitos, de los tropezones y las superaciones ajenas, intercambiando opiniones y consejos, adquiridos de la historia pasada y de culturas distintas a la nuestra.

La tolerancia por otro lado, es el concepto emergente, aunque nunca estuvo dormido, sin embargo, la intolerancia caracteriza a los fundamentalismos de la época actual. Un mundo que se encamina a conflictos religiosos, totalitarismos basados en el poder económico, cuestionamientos racistas y discriminación por orientaciones sexuales diferentes.

Esta sociedad está viviendo un desdoblamiento de su personalidad, basada en la intolerancia: una mitad de su ser actúa consecuentemente, busca las virtudes para ser mejor. La otra mitad, erosiona y anula aquellos valores en todos los lugares que frecuenta: bancos, tribunales, las calles, incluso en su propia casa, entre los suyos, ante el televisor.

¿Qué es la felicidad? Para dar respuesta a este concepto, trataremos de afinar la comprensión de acuerdo a los que nos puede proporcionar la perspectiva filosófica, para que podamos orientar nuestras vidas.

Desarrollo

Las Concepciones Naturalistas.

Las concepciones naturalistas, establecen que la naturaleza humana es un compuesto de materia prima y forma sustancial. El término «hombre» no se aplica ni al alma sola ni al cuerpo solo, sino al alma y al cuerpo juntos, a la sustancia compuesta. La unión entre cuerpo y alma es tan fuerte, que forman una síntesis inseparable. La misión de la forma (el alma) es informar el cuerpo. Una vez que el alma no informa el cuerpo, no tiene sentido su existencia.

Tales de Mileto postulaba que es sabio “quien tiene un cuerpo sano, fortuna y un alma bien educada”. La buena salud, el buen éxito en la vida y la propia formación, que constituyen los elementos de la felicidad, son inherentes a la situación del hombre en el mundo y entre los otros hombres.

En cuanto a Aristóteles, da a la felicidad una noción más extensa, definiéndola como «determinada actividad del alma desarrollada conforme a la virtud», la cual no excluye y, por el contrario incluye, la satisfacción de las necesidades y de las aspiraciones mundanas. En otras palabras, la felicidad no consiste en conseguir los placeres, por el contrario, se es feliz cuando nuestro comportamiento se opone al placer dedicándose a la acción política y a la contemplación.

El hombre bueno para Aristóteles, el hombre feliz, es un virtuoso; y la virtud es posible si los seres humanos practican hábitos buenos.

Establecía también que a través de la íntima unión entre el alma y el cuerpo planteaban como las perturbaciones del alma, llamadas pasiones, podían generar enfermedades, lo que en estos tiempos conocemos como efectos psicosomáticos.

Las Concepciones Espiritualistas.

Platón tiene otra idea sobre la felicidad, la cual aparece como una felicidad más abstracta que las dos anteriores, debido a que se relaciona con la contemplación de una idea: “Platón aleja a los hombres de las cosas terrenas, y los invita a la contemplación de una idea, en la cual se podría mirar de una sola vez, dice él, lo que nos haría felices”.

¿Qué relación tienen las ideas con la felicidad? Platón argumenta que el alma es anterior al cuerpo, y que antes de encontrarse sometida a las cadenas corporales, ella se hallaba contemplando las ideas eternas. Es más, lo que el hombre debe buscar es liberarse precisamente del cuerpo que lo ata a este mundo material; ¿cómo lograrlo? Purificándose mediante la virtud.

Cuando esto último se logra, el alma puede retornar hacia las ideas y estar entre ellas; “y apresando principalmente la idea de bondad, y contemplándola, gozándola, estaría contenta y feliz” .

Así, la felicidad consistiría en contemplar las ideas, de las cuales la mayor es la Idea del Bien. La felicidad de este mundo es transportada por Platón a una vida más allá del mundo de la materia, sin embargo para algunos, Platón no aterriza y se queda en una idea abstracta de Bien que, incluso, no encuentra las relaciones analógicas entre el concepto del bien de una cosa y de otra. En otras palabras, la teoría platónica no encuentra las semejanzas entre las diversas manifestaciones de la bondad, a pesar de que Platón sitúa al Bien como se le llama en la escolástica, a saber, como trascendental del ser.

Plotino reprocha a los estoicos, la incoherencia de colocar la felicidad en independencia de las cosas externas y al mismo tiempo, en agregar como objeto de la razón justo estas mismas cosas. Para Plotino, la felicidad es la vida misma; por lo tanto, si bien pertenece a todos los seres vivientes, pertenece en el grado más notable a la vida más completa y perfecta que es la de la inteligencia pura.

Los espiritualistas conciben el cuerpo, la materia, como la fuente de la infelicidad, y se le pide al espíritu controlarla. Pero esto es un tanto caricaturesco porque la distinción no es tan nítida como puede parecerlo a primera vista. Pero la distinción existe y perdura en nuestros días. En una palabra, lo que caracteriza a los espiritualistas, es el pensamiento de que en algún momento se llega a un estado de pureza, es decir, de independencia total de la materia. Este pensamiento será retomado más tarde por los espiritualistas e idealistas modernos. Es el rechazo de esta idea lo que caracteriza a los naturalistas.

La felicidad del sabio no puede ser destruida ni por el fracaso, ni por enfermedades físicas y mentales ni por ninguna circunstancia es favorable, como no puede ser aumentada por las circunstancias favorables, por lo tanto, es la misma beatitud de que gozan los dioses. La filosofía medieval insistió en estos conceptos y, a veces se los apropió, adaptándoles (como lo hizo Tomás de Aquino) la propia doctrina aristotélica, y extendiéndolos a la generalidad de los hombres.

La felicidad es una vivencia subjetiva de un estado de alegría y dicha permanente o estable. Las definiciones clásicas, como «el sumo bien, que abarca dentro de sí todos los bienes», o «la cifra y la causa de todo lo que se desea», son de claro origen aristotélico; el eudemonismo de Aristóteles traza las líneas básicas que delimitan la conducta humana. Todo lo que hace el hombre lo hace por algún fin, y el fin es el bien que se desea conseguir; el bien último, aquel que se quiere por sí mismo y en vista del cual se hace todo, es también el fin último que todos los hombres desean: «Tal parece ser eminentemente la felicidad». La felicidad, sin embargo, es algo que se desea, pero no algo sobre lo que pueda decidirse directamente, el hombre no puede sino tender a ella, y se dice que cada cual debe forjársela, pero puede no conseguirla, porque no es objeto de decisión.

Schopenhauer, el gran pesimista, pensaba que hay una gran parte de determinismo en esto, y decía que contra alguien que había nacido para estar contento o para estar feliz, no había nada que hacer para convencerlo del pesimismo.

La felicidad acompaña a la acción humana, tendiendo a fines asequibles. Como indicó Aristóteles: todos los hombres tienden a la felicidad, pero todos están de acuerdo en cuanto a poder decir qué es. Sólo se la

experimenta de forma pasiva, «a resultas» de las acciones que los deseos, la imaginación, el conocimiento o las creencias nos permiten pensar que están ordenadas a la felicidad.

Aristóteles desarrolla el concepto que la auténtica felicidad del ser humano dependerá del ejercicio correcto de la actividad propiamente humana, considerando aquellas actividades propiamente humanas en la que se destacan las racionales, concluyendo que la felicidad consistirá en el ejercicio correcto de las actividades racionales, guardando una estrecha relación con la virtud.

Un grado más profundo de la felicidad puede ser obtenido cuando el ser humano llega a la fase de liberación, en el sentido de una especie de sanidad interior que abarca la curación de las emociones y sentimientos dañinos que traen depresión, ansiedad, angustia y falta de paz, debido a recuerdos dolorosos no sanados que distorsionan también los pensamientos y crea mentiras propias para justificar la experiencia o reprimirla. Cuando ya no existe más sufrimiento, puede aparecer una felicidad duradera. Podríamos, por lo tanto, decir que la auténtica felicidad se relaciona más con la mente que con el corazón y que la felicidad que depende principalmente del placer físico es inestable, un día existe y al día siguiente puede haber desaparecido.

La ética griega de todos los períodos se pasea principalmente en torno a dos términos, eudaimonía y areté; o bien, según su traducción tradicional, «felicidad» y «virtud». Ambos conceptos dan respuestas a la problemática ‘¿De qué manera es necesario que un hombre viva su vida?’ En realidad es en “relación con los demás en clave de acogida de sí y cuidado del otro, de validación de sí y reconocimiento del otro en el ámbito privado y público la que puede tornar la experiencia humana en experiencia de ágape” 2 .

Cuando Aristóteles concluye que si la felicidad es una actividad de acuerdo con la virtud, es razonable que sea una actividad de acuerdo con la virtud más sublime, y ésta será una actividad de la parte mejor del hombre.

En resumen, es oportuno citar a modo de conclusión, lo que el filósofo Miguel Espinoza establece: “He aquí dos grandes concepciones de la felicidad omnipresentes en todo el Occidente desde la Antigüedad: (I) la felicidad, como lo indica su etimología (y bien recogida por el francés y el inglés: bonheur y happiness) = evento o suerte favorable que llega por

azar y que dura poco tiempo — un instante de felicidad —, placer, gozo, alegría como la felicidad del estudiante que aprueba un examen. Es éste un componente psíquico que por un momento abarca toda la personalidad. (II) Luego está la felicidad concebida como un estado de ánimo más estable, permanente o casi permanente, subyacente a las emociones repentinas y menos sujeto a la buena suerte porque depende de las acomodaciones que uno haga. Se dividen los acontecimientos en dos: los que dependen de uno y los que no. Uno trata de hacer las cosas lo mejor posible, pero luego uno se acomoda a lo que le ocurre y que no depende de uno. En este último sentido la felicidad es un ideal inaccesible, pero es posible acercarse a él”.

La tolerancia

La palabra “tolerancia” nació en el siglo XVI, de las guerras religiosas entre católicos y protestantes y ambos grupos de fanáticos terminaron tolerándose. No hay que matarse porque se tienen creencias incompatibles. Ya es algo. Luego, este género de acuerdo entra en la ley y ya no se habla de tolerancia, sino simplemente de respeto de la ley o de aplicación de la ley. Más tarde la gente ha querido darle a la tolerancia un significado más positivo y noble.

Cuando no se comparte una opinión se tiende a decir que se la tolera — se deja que la gente la exprese — y que se respeta la persona. Y este punto es de suma importancia, algunos quisieran que la tolerancia incluya el respeto de la opinión misma y no sólo el de la persona.

La idea precedente se basa en el hecho doble de que las cosas tienen múltiples facetas y que somos falibles. Entonces, aparece como posible que otras ideas, por increíbles que nos parezcan a primera vista, pueden tener algún granito de verdad y el hecho de respetarlas puede terminar en una opinión nuestra mejorada.

La tolerancia consiste en la armonía en la diferencia. No sólo es un deber moral, sino además una exigencia política y jurídica. La tolerancia, la virtud que hace posible la paz, contribuye a sustituir la cultura de guerra por la cultura de paz .

Es válido preguntar, en qué sentido y cuándo la tolerancia puede llegar a ser una virtud.

“La capacidad de entrar en comunicación con el “otro”, basado en la tolerancia como uno de los primeros sentidos en que la misma es una virtud y no un simple “aguantar”. Se trata, pues, de la virtud o potencia

que permite la crisis y el enriquecimiento del propio sujeto que la practica, mediante la incorporación de lo ajeno. En el concepto y en la etimología de “hospitalidad”, se encuentra la forma de hacer visible la acepción positiva de la tolerancia, como cualidad activa que tiene un paralelo en el quehacer de la inteligencia: comprender”.

El concepto de tolerancia no implica estados de paciencia y resignación o, en último caso, de insensibilidad, no se está frente a una virtud espuria, armada sobre un deber ser opresivo, que recae sobre la triste economía del aguante.

Es necesario indagar bajo qué condiciones se podría considerar la tolerancia como una de esas cualidades que potencian la vida humana, que la dignifican. En una palabra: bajo qué condiciones es una virtud.

La tolerancia es una condición necesaria de toda sociedad abierta compuesta de individuos responsables preocupados de acercarse siempre a la verdad. El terreno en que la tolerancia corresponde a una potencia de la vida, que a su vez puede ser potenciada como virtud.

La tolerancia, aunque tiene un aspecto moral, interesa hoy principalmente como una manera de perfeccionar la convivencia humana. En ese carácter, admite que se la piense como el producto de un cálculo de conveniencias. La tolerancia es indispensable en las comunidades, según Fernando Salmerón , en las que viven juntos diversos grupos étnicos que aspiran a ejercer sus derechos ciudadanos sin tener que renunciar a su identidad colectiva. Aún reconociendo la necesidad de la tolerancia, admitamos que ella presupone la desaprobación en algún sentido, de lo tolerado, no se tolera lo que no gusta.

Para algunos, la tolerancia consiste en que alguien “acepta a regañadientes, por convicción o simulación cívica, aquello que en el fondo rechaza, aquello que lo irrita y sólo puede aceptar porque mira a otra parte”. “Tolero, haciendo un esfuerzo, lo que en el fondo me resulta inaceptable, lo que borraría en el mundo si pudiera. Tolero la existencia de adversarios políticos, porque es el precio que debo pagar para vivir en una democracia donde mis propios puntos de vistas y mis propios intereses sean tolerados, pero, si pudiera suprimiría del ágora esas diversidades adversarias”. La tolerancia no implica necesariamente aceptar y contener a los otros con los que nos toca convivir, sino que en un sentido positivo, implica asumir un respeto hacia lo tolerado,

básicamente porque somos falibles y las relaciones pueden resultar engañosas.

Felicidad y Tolerancia.

La noción de aceptación es de alcance individual, como nos indica Wittgenstein y remata: “Mi vida consiste en que con algunas cosas me doy por contento”. Con esto asocia la moralidad con la felicidad personal: para vivir feliz debo estar en concordancia con el mundo y esto es lo que se llama ser feliz.

El contentamiento consigo, la felicidad y la concordancia con el curso del mundo, no son conceptos definidos que puedan operar como metas y criterios determinados para guiar la acción, son demasiado vagos, oscilantes y subjetivos, pero en las relaciones de cada uno consigo mismo y para orientarse respecto del sentido de las cosas en el conjunto de la propia vida, son perfectamente aceptables. El darse por contento, es un concepto amplio y abierto y excluye todo dogmatismo y pretensión de dictar el bien a los demás. Tratándose de moral, soy yo quién tiene que aceptar ser feliz, todo es asunto de cada uno. Lo anterior pasa a ser un estilo y no se convierte en ninguna doctrina y no hay generalizaciones sobre sus alcances.

Esta noción de Wittgenstein puede llamarse “burguesa”. Consiste en trazar un círculo alrededor de uno. Al interior está todo lo que puede contentarnos, porque ahí se domina lo que se hace. Al exterior, lo que no se controla, y por lo tanto el burgués no se aventura a explorarlo. En cambio la felicidad del héroe, consiste precisamente en ir más allá del círculo dentro del cual se está cómodo, porque quisiera mejorar las cosas. Por eso, no siempre y no para todos, la paz acompaña necesariamente a la necesidad.

Hay que aprender a ser tolerante, a convivir. Se vuelve al sentido original de tolerancia: no hay que matar a la gente porque no comparte nuestra religión, es decir, porque no comparte nuestra ideología. Es un mínimo común denominador de la noción. Pero hay que aprender a convivir. La educación es fundamental porque educar es crear hábitos, costumbres, formar el carácter. No tanto enseñar teorías, sino producir una práctica para respetar las opiniones diferentes y no sólo a las personas, como ya lo hemos dicho.

Nadie puede sentirse feliz al estar enojado. Si la rabia domina sobre nuestra vida, la posibilidad para una felicidad duradera se escabulle.

Para lograr la paz, la tranquilidad y la amistad verdadera, debemos minimizar la irritación y cultivar la bondad y un corazón cálido. Pareciera ser que muy pocas personas son capaces de esto. Podría afirmarse que moralmente la humanidad no ha hecho ningún progreso desde que existe. Por eso hay que imponer algunas normas por la ley, normas que de todas maneras son transgredidas todos los días.

Según Locke, “es ley natural que el hombre busque la felicidad y rehúya al sufrimiento, no existen leyes morales innatas y sólo por la experiencia aprende el hombre a prever las consecuencias de sus actos y a actuar según la razón”. Sin embargo, esta reflexión es falsa de acuerdo a lo que se sabe hoy sobre el comportamiento moral de los animales superiores.

En los animales superiores sociales existen los sentimientos de simpatía, de generosidad, de altruismo, de justicia, de castigo, etc. que son la base biológica y psicológica del comportamiento social y moral. No se ve por qué lo que sería innato en los animales no lo sería en el hombre (no hay propiedad humana que no tenga antecedentes en los animales superiores).

El iniciado Francmasón en el Camino hacia la Felicidad.

Todo hombre, por naturaleza, tiende hacia la felicidad y «todas las sociedades se proponen el mismo objetivo; en efecto, el hombre para ser feliz vive en sociedad». La sociedad, como un conjunto de individuos, reúne sus necesidades, con el objetivo de colaborar en la supervivencia y la felicidad. Es por esto que cada habitante de este planeta, en vista de su propia felicidad, se exige a si mismo y se asocia y depende de sus semejantes, a los que ha convertido en custodios de sus derechos y traductores de sus voluntades. En este sentido las leyes naturales, que ninguna sociedad puede revocar o dejar en suspenso, son las que están basadas en la naturaleza del individuo que siente, busca el bien, huye del vicio, razona y no descansa en la búsqueda de la felicidad.

La filosofía moral kantiana, postula la posibilidad real de hacer el bien en este mundo: un bien que en última instancia y que sea como sea, habrá de abarcar deber y felicidad.

Es por esto que es necesario construirnos una felicidad que nos escolte en todas las épocas de nuestras vidas, por lo breve de éstas, no podríamos jugarnos por una felicidad que no dure lo mismo que nosotros.

En la mayoría de las definiciones de tolerancia, se le asigna a ésta ser la solución de los problemas de la humanidad. Como primera ley de la naturaleza, es necesario que aquellos que buscamos la luz, repletos de debilidades y errores seamos capaces de perdonar nuestras estupideces recíprocamente, pero en un perdón sincero de verdad.

Al comenzar el siglo XVIII, hubo un grupo de preclaros hombres que creyeron firmemente que el origen de las irracionales, interminables y brutales guerras originadas por las diferentes religiones, podían detenerse si se llegaba a levantar nuevos códigos de conducta humana. Así nació lo que se llamó el código moral masónico.

Esta propuesta en el fondo, nos indica que si somos capaces de adoptarlo y seguirlo podremos alcanzar la felicidad. En su parte final, este código tácitamente nos expresa: «El día que estas máximas se generalicen, la especie humana será feliz y la Francmasonería habrá terminado su tarea y cantado su triunfo regenerador».

Está claro que la masonería no ha terminado su tarea, aún se la necesita para poner en vigencia sus aspiraciones.

El combate es ciertamente, en contra de las fuerzas ocultas que inevitablemente debilitan los esfuerzos constructivos y derrumban la obra humana arrojándola al punto de partida.

Ante este panorama que parece desolador, podemos percibir en nosotros mismos lo mejor del género humano, cual mítico Sísifo, esforzándose en su dignidad por llegar a la cumbre de la felicidad a que aspira.

En primer lugar, aquel que está en proceso de rectificación deberá liderar sus propias acciones, propender a despertar las fuerzas que duermen escondidas en el fondo de su caverna, buscar el sentido de la vida; buscar que los actos redunden en el bien común con equidad; mantener con el prójimo una comunicación efectiva, para permitir el respeto y la sana convivencia.

Un iniciado debe practicar la sinceridad consigo mismo y con los demás, hacer lo que piensa, demostrar y dar acceso al hombre bueno, digno, solidario y honesto que yace en su interior, ya que de lo contrario estos valores fácilmente se transgreden, perdiendo coherencia y sucumbiendo al poder de las cosas y lo superfluo.

Una labor de todos los días es descubrir nuestras limitaciones, para poder mirar de frente a nuestros semejantes, nivelados con la igualdad, porque en esta relación sin superioridad, surgirá el camino del conocimiento interior, esclarecido con la razón, sin inseguridades que nacen del excesivo amor al dinero, al éxito pasajero y otras desviaciones sociales.

No existe en el mundo, dinero o éxito alguno que puedan resolver estos problemas básicos de la existencia; el desafío del estudio y el trabajo perseverante sobre uno mismo, con voluntad firme, puede hacer surgir el verdadero hombre.

Conclusiones

La fraternidad es un arte, la vida diaria sigue siendo un desafío, convivir es ceder, respetar al otro, pedir perdón y ser perdonado y evitar la fricción, que niega y desalienta. La convivencia en los talleres logiales, es una oportunidad eficaz de cultivar la fraternidad, cuidando los pequeños detalles, como es el escuchar al otro y ponerse en su lugar. Estos pequeños detalles, nos pueden llevar al crecimiento continuo en busca de la felicidad.

La tolerancia, que en grado menor, significa el no rechazo a lo diferente; y en mayor grado significa la valoración positiva de lo diverso, el reconocimiento del posible valor del otro y de lo otro, el sentimiento de mutua estima entre “poderosos y humildes, ancianos y jóvenes trabajando con el mismo entusiasmo y ardor, y tratándose con moderación y cordialidad”, es acompañante de la felicidad posible.

Considerada absolutamente como forma de vida plena y perfecta, la felicidad es una utopía. Pero como los epicúreos afirmaron que el placer es el supremo bien que todos apetecen, podemos entender un “carpe diem” que es posible en el “ahora mismo”, entendiendo que la felicidad humana es un camino y no un destino.

Señala Humberto Giannini: “sólo como disponibilidad para escuchar al otro, con el riesgo de crisis que esto supone siempre, la tolerancia es una virtud, una potencia solidaria con la vida”.

Proposición muy cercana a las palabras de Spinoza respecto de la felicidad: “La felicidad no es el premio de la virtud, sino la virtud misma”.

S.. F.. U..

Miguel Trigo Valle

R.:L.: Luz y Verdad N° 175

Antofagasta

Chile

Bibliografía

1 Reflexiones en torno al concepto de felicidad – Francisco M. Zanotti

2 El reconocimiento como hilo que teje eudaimonía (felicidad) y areté (virtud),

María Victoria Builes Correa, Mauricio Bedoya Hernández, John Fredy Lenis

Castaño.

3 Miguel Espinoza. Universidad de Estrasburgo

4 Declaración de principios sobre la Tolerancias (Unesco)

5 HOSPITALIDAD Y TOLERANCIA (O DE LA TOLERANCIA)

Humberto Giannini

6 F Salmerón, Diversidad cultural y tolerancia

7 LA ILUSTRACIÓN, Historia del Pensamiento Filosófico y Científico,
Giovanni

Reale – Dario Antiseri